

GENIOS DE LA CIENCIA

LISE MEITNER

LA FÍSICA QUE INICIÓ LA ERA ATÓMICA

TEXTOS MÓNICA RODRÍGUEZ
ILUSTRACIONES ÀFRICA FANLO





—No es necesario que la vida sea fácil —dijo Lise Meitner, volviendo hacia mí sus ojos plateados y penetrantes—, pero sí que no esté vacía.

Era una anciana frágil, menuda y pálida. Corría el año 1966 y yo ayudaba a mi padre con el correo. Acababa de entregarle una carta. No era la primera vez que le llevaba una, pues las recibía de todas las partes del mundo. Con mis apenas diez años, no comprendí del todo sus palabras, pero me gustaron. La miré curioso. Entonces añadió:

—Tuve una vida difícil, viví dos guerras, me vi obligada a huir, vi morir a muchos de los míos, no tuve marido ni hijos. Pero mi vida ha sido plena. ¿Y sabes por qué? —Yo negué con la cabeza—. Pues porque pude dedicarme en cuerpo y alma a mi gran pasión, la física. También porque tuve grandes y buenos amigos.

Hizo un gesto para que me sentara y entonces Lise Meitner empezó a contarme su vida en aquel aire de septiembre frío y luminoso. Algo en la carta le había despertado los recuerdos. Yo la escuchaba hipnotizado por su voz dulce y porque, sin duda, era una mujer cercana y sabia. Y en eso no me equivocaba. Lise Meitner había sido una excelente investigadora en física nuclear y sus investigaciones dieron inicio a la era atómica. Tanto aportó a la ciencia que sin duda mereció el Premio Nobel. Sin embargo, nunca se lo concedieron.

«Creo que los jóvenes reflexionan sobre cómo les gustaría que se desarrollara su vida, y cuando he hecho esto, siempre he llegado a la conclusión de que la vida no tiene que ser fácil, con tal de que no esté vacía.»





Lise nació en Viena en 1878, en un antiguo barrio judío. Su padre, Philipp, era abogado. Su madre, Hedwig, tocaba el piano y daba lecciones de música a sus ocho hijos. La casa siempre estaba llena de amigos y de libros. Lise era muy curiosa.

—¿Por qué hay un arcoíris ahí? —preguntó la niña un día mientras paseaban, señalando el charco irisado bajo sus botas de agua.

—¡Siempre con tus preguntas! —se quejó la abuela, tironeándola de la mano.

Cuando llegaron a casa, Lise corrió a terminar su bordado para el colegio.



—Ni se te ocurra coser en Sabbat —le reprendió la abuela—. El cielo se desplomaría. ¿No ves que no se puede trabajar en sábado?

La abuela seguía manteniendo la fe judía. Lise frunció el ceño y ladeó la cabeza. Conque el cielo se desplomaría, ¿eh? Corrió hacia la ventana y clavó la aguja en su bordado, desafiante. Había nubes y un hilo de luz ribeteaba el horizonte. Pero el cielo no se desplomó. Satisfecha, la niña miró a su abuela y siguió cosiendo.

Por la noche, Lise se acostaba con un libro de matemáticas. Colocaba la almohada en la rendija de la puerta para que no la descubrieran. Su hermana Gusti era un prodigio con el piano. Ella pensaba que, de alguna manera, los números también tejían su música en el universo.

La fe judía y el Sabbat

Para las personas de religión judía, el Sabbat, o sábado, es el día sagrado de la semana. Según su creencia, Dios hizo el mundo en seis días y descansó el séptimo, el sábado. Los judíos, en honor a su Dios, también descansan en Sabbat y dedican ese día a disfrutar de una mayor paz y armonía que durante el resto de la semana.

La universidad en tiempos de Lise

En la época de Lise, las mujeres tenían prohibido el acceso a la universidad por ley. En 1897 pudieron matricularse las primeras mujeres en la carrera de Filosofía. Solían ser muy pocas en cada clase. De hecho, en 1905 Lise Meitner se convirtió en la segunda mujer en obtener el doctorado en Física por la Universidad de Viena.

A los trece años Lise había terminado los estudios que podían cursar las chicas por aquel entonces. Pero ella quería seguir aprendiendo, quería estudiar matemáticas.

—Me temo que eso no es posible. Las leyes no lo permiten. Matricúlate en Magisterio y así, en caso de necesidad, podrás dar clases en un colegio de señoritas —le sugirió su padre.

Lise sentía que aquello era una tremenda injusticia. ¿Por qué las mujeres no podían ir al instituto y a la universidad como los hombres? Siguió el consejo de su padre y se matriculó en francés. Además, hacía de tutora de chicas más jóvenes y trabajaba como voluntaria en escuelas para pobres. Un día, al regresar a casa, su hermana mayor, Gisele, la recibió con alborozo.

—¡Lise, Lise, el gobierno ha cambiado las leyes! Las mujeres podemos ir a la universidad. Pero hay que estudiar mucho y pasar un examen, el Matura.

Lise, que tenía entonces dieciocho años, dejó caer la bolsa cargada con los cuadernos de la escuela y se llevó las manos a las mejillas.

—¡Lo conseguiremos! —exclamó con firmeza. Las dos hermanas se tomaron de las manos y sonrieron.



